

Bicentenario: 200 años de daño transgeneracional¹

Gabriel Salazar*

Quiero insistir, primero, en que soy historiador, no psicólogo. Claro que historiador social, que es una disciplina nueva, cuya característica principal es que se apega a la trayectoria de los sujetos de carne y hueso, especialmente de los sectores populares. Ese no abandono de estos sectores le permite al historiador, por tanto, trabajar no sólo los daños que sufren, sino también su capacidad de reacción, de reconstruirse y de reiniciar los procesos históricos que fueron interrumpidos por esos daños. Debido a eso la historia social tiene una cercanía con la psicología social, con la psicología comunitaria, con el trabajo social, con la sociología del desarrollo local, y tendemos a trabajar mucho en conjunto.

Yo sólo quisiera hacer unas tres reflexiones sobre el tema que se plantea en esta investigación conjunta de cuatro países y que se publica en este libro.

El holocausto del Cono Sur

Una primera reflexión, que surge al leer este libro, es que realmente impresiona que el terrorismo de Estado haya sido practicado de una manera casi copiada, calcada, muy similar en Argentina, en Uruguay, en Brasil y en Chile, configurando un terrorismo masivo que abarcó el Cono Sur de América Latina. Este configura un hecho histórico de excepción, cuya única comparación posible es el Holocausto del pueblo judío por la Alemania nazi. Más o menos la misma magnitud, considerando que fueron ocho millones los judíos que fueron asesinados. Aún no hemos sumado los muertos argentinos, brasileños, chilenos y uruguayos asesinados por la dictadura; no hemos sumado todos nuestros torturados, los prisioneros políticos; no hemos sumado todos los exonerados, no hemos contado los exiliados.

Al leer este libro se hace evidente que aquí se configuró también un holocausto, tanto o más grande que el de Alemania por magnitud, por

profundidad, por el daño producido, por la perversidad y saña que se expresó en el terrorismo de Estado. Pero hay una diferencia, porque el Holocausto de los judíos en la Alemania nazi conllevó a la creación de un concepto histórico, el totalitarismo, que fue muy propagandeado por Estados Unidos entre nosotros, que le metieron a toda la generación nuestra en la cabeza: regímenes totalitarios intrínsecamente perversos. Ese concepto del totalitarismo como que estableció una ruptura histórica: para atrás, la perversión; hacia adelante, nunca más.

Pero nosotros no hemos construido un concepto similar, no hemos hablado del holocausto del Cono Sur, no hemos dicho que este terrorismo de Estado fue la instalación del totalitarismo neoliberal que hoy día nos rige en nuestro país; no hemos hablado de la instalación y de su perpetuación.

Porque, ¿cuál es el fin del terrorismo? El objetivo del terrorismo es generar miedo. ¿Y cuál es el resultado del miedo? Como ya decía hace mucho tiempo atrás el sociólogo Max Weber, el miedo produce actitudes de prudencia, actitudes de ambigüedad: no me voy a arriesgar, no me voy a comprometer. Y eso

¹ El texto corresponde a la presentación del libro "Daño transgeneracional: Consecuencias de la represión política en el Cono Sur" que el autor realizó el 27 de noviembre de 2009 en la Casa Central de la Universidad de Chile. Título, subtítulos y edición de Reflexión.

*Historiador, director de la Escuela de Historia Social en la Universidad Bolivariana. Premio Nacional de Historia 2006.

es exactamente lo que necesita un régimen terrorista para instalarse en el tiempo, para autoperpetuarse, autolegitimarse y llegar a llamarse democracia después.

No hemos construido ese concepto y por eso hay muchos que se han agarrado a la herencia de los que practicaron el terrorismo de Estado, sobre todo en Chile. Y por eso hay mucha gente que le trabaja, digámoslo así, le trabaja a la amnesia pública, le trabaja al olvido, o lo llamarán la



Memorial de Linares (detalle)

reconciliación, más elegantemente. Y son cómplices, en última instancia, de que ese terrorismo de Estado se haya autoperpetuado, se haya autolegitimado y que más encima se proclame como el éxito máximo en toda la historia de Chile.

Creo que es bueno que nos miremos como conjunto los cuatro países, que sumemos todo el daño producido, lo cuantifiquemos, lo construyamos como concepto y establezcamos allí un hiato, una

ruptura con todo pasado que implique no sólo terrorismo de Estado sino neoliberalismo, porque ese es el producto final, no es otra cosa.

Bicentenario, ¿algo para celebrar?

Segunda reflexión. La investigación que lei entera, que me gustó mucho y además me trajo recuerdos de experiencias personales, se refiere al daño transgeneracional en dos o tres generaciones, que en conjunto abarcan más o menos 40 a 50 años.

Yo quisiera hacer una reflexión acerca de un daño transgeneracional de 200 años, del bicentenario. En estos días se está procurando oficialmente celebrar el bicentenario, se asume como celebración. Se está rescatando el patrimonio, la memoria, pero de la misma manera que se desentierran huesos y se arma un museo arqueológico. Es memoria muerta, folklore, leyenda, mitos, a título de celebración.

Claro, estamos celebrando la ruptura de cadenas que nos separó de España, el divorcio de la madre patria. ¿Por qué? Está bien, hay que celebrar la libertad. Pero el asunto principal no es ése, la pregunta principal debería ser hoy: ¿Qué hemos hecho en 200 años con esa libertad? Lo que hemos hecho ¿da para celebrar?, ¿tenemos que regocijarnos? En lugar de conmemorar, de recuperar la memoria, por qué no hacer un balance crítico de lo que hemos logrado y lo que no hemos logrado, en lo que hemos fallado y en lo que hemos triunfado, qué tareas históricas no hemos concluido.

Desindustrialización

Al hacer este balance, el resultado no es nada positivo. Voy a nombrar solamente tres o cuatro cosas. Prime-

ro, no somos un país industrial, definitivamente no, ya no. La industrialización fue la gran tarea en todo el mundo en el S. XIX y comienzos del XX. Los países lucharon por industrializarse, por desarrollarse -como se decía- por distintos medios, unos a través del Estado, otros a través del mercado. Alemania lo hizo a través del Estado y lo logró; Japón, Italia lo hicieron a través del mercado y lo lograron; China lo hizo a través del Estado y lo logró; la India, el sudeste asiático están haciendo lo mismo y lo están logrando. Nosotros no. Por 1970, cuando fue elegido Allende, en la provincia de Concepción existía la industria Bellavista Tomé, industria Chiguayante, industria Fiat, Fanaloza, etc. Y en Santiago: Textil Yarur, Textil Hirmas, Textil Puente Alto, Textil El Salto. Hoy día no hay ninguna de esas industrias. No sólo no nos hemos desarrollado como país industrial, sino que nos hemos desindustrializado. Ya prácticamente no tenemos industria textil, no tenemos fábricas de cuero y calzado, no tenemos armaduras de automóviles. Nada. Primera tarea no cumplida.

Falta de ciudadanos soberanos

¿Alguna vez hemos construido nosotros, los ciudadanos, deliberada, voluntaria y soberanamente el Estado? Nunca. Nunca hemos participado del proceso de construcción del Estado. Las tres veces que se ha construido el Estado en Chile ha sido producto de golpes militares. Y las tres veces un grupito de ocho a diez personas redactó la Constitución. No hemos participado, no hemos hecho valer nuestra condición de ciudadanos soberanos, no hemos cumplido con el principal derecho humano que es construir el orden social, político y económico que represente nuestros intereses y necesidades.

Tampoco hemos logrado construir un sistema educacional efectivo e igualitario para todos los chilenos. Un sistema educacional que inste a los chilenos no sólo a desarrollarse consumiendo, sino a desarrollarse produciendo. Recordemos lo que dijo alguna vez Francisco Antonio Encina, que nunca me ha gustado, pero que sí acertó medio a medio – hasta los relojes parados a veces dan la hora justa- cuando en 1911 señaló algo que hoy tiene incluso más vigencia que entonces: “Consumimos como civilizados, pero producimos como bárbaros.” El problema es que consumir como civilizados no nos civiliza la cabeza, no nos desarrolla la cabeza para producir tecnología.

Hay varias cosas más que no hemos hecho, pero que no voy a mencionar porque me interesa concentrarme en otra cosa.

Terrorismo de Estado permanente

En estos 200 años el terrorismo de Estado ha sido prácticamente permanente. Por eso el daño transgeneracional de 200 años ya no es sólo en los jovencitos de hoy, es del pueblo chileno, del bajo pueblo chileno.

Hay que comenzar a estudiar por qué el bajo pueblo es como es, después de 200 años en que ha sido tratado violando sus derechos humanos periódicamente. Pensemos que en Chile ha habido 23 intervenciones militares con resultados sangrientos en estos 200 años. Es el país en toda América Latina que ha tenido más intervenciones militares con resultados sangrientos.

Tuvimos terrorismo del Estado chileno desde comienzos del S. XIX contra el pueblo mapuche. Invadían su territorio, incendiaban sus cosechas y sus ranchos, robaban sus

mujeres, las violaban, se llevaban a los niños y los vendían o regalaban como sirvientes domésticos gratuitos. ¿Qué fue la pacificación de la Araucanía a partir de 1860 hasta 1887? Terrorismo de Estado contra el pueblo mapuche para arrebatarse sus tierras. ¡Qué peor terrorismo de Estado que sacar a un pueblo de su tierra, de su mapu!

Fueron exterminados los indios patagones con permiso del Estado.

Durante cuánto tiempo se persiguió y vejó a las mujeres pobres mestizas que vivían solas, porque los peones no ganaban plata y no podían

se hizo corriente palomear rotos, matarlos como quien mata palomas.

Masacres que se le hizo al pueblo cuando comenzó a rebelarse: 1890, 1903, 1905, 1906, 1907, 1919, 1921, 1924, 1930, 1934, 1946, 1957, 1962, 1969, 1973. Masacres de trabajadores.

El terrorismo de Estado ha estado siempre presente a todo lo largo de los 200 años. Lo que aquí se ha conversado es el remate, la guinda de la torta de 200 años que han sido más de lo mismo. Una y otra vez cuando el pueblo se rebeló de alguna manera, la respuesta fue la misma.

Y esta historia se ha acallado, se ha ocultado. Hay amnesia.

Y la historia que se conoce es la de los vencedores, la de quienes realizaron las acciones terroristas. Los que se opusieron y fueron derrotados han pasado a la historia como los traidores, los desleales. Esa es la historia que nos han contado.

Bicentenario de daño transgeneracional. Y a estas alturas ya no podemos medirlo sólo psicológicamente, es un daño que ha afectado a la ciudadanía en tanto que ciudadanos, a la sociedad civil en tanto que es sociedad civil y principalmente a los sectores populares. Porque tenemos que preguntarnos: ¿por qué diablos los chilenos, todos nosotros pero en especial los sectores populares no saben hablar, por qué tartamudean, por qué no son capaces de hablar coherentemente, como sí lo hacen nuestros vecinos de Bolivia, Perú o México? Hay un abismo entre la expresión lingüística de un argentino y un chileno. ¿Por qué el chileno es insolente, por qué es violento, por qué en lugar de alegrarse y disfrutar una fiesta se emborracha y no vive

casarse, que trabajaban como alfareras, haciendo cazuelas o se convertían en chinganas para subsistir.

Y está el terrorismo eclesiástico que acusaba a las mujeres populares de inmorales y putas. Ante la denuncia eclesiástica las autoridades las agarraban y deportaban a la frontera militar al sur del Bío-Bío para convertir las en sirvientes domésticas y los hijos eran confiscados y repartidos como criados. Terrorismo eclesiástico contra la mujer popular, terrorismo de Estado, terrorismo patrio contra los peones vagabundos. ¿Qué hizo Diego Portales con ellos? Los metió presos en jaulas que permanecían a la intemperie. A fines del siglo XIX, comienzos del XX

ninguna alegría? Porque también hay un terrorismo moral. En Chile se ha prohibido el carnaval, no tenemos carnaval, no tenemos fiesta de la primavera. No somos un pueblo alegre, no sabemos divertirnos.

Yo creo que es necesario hacer un diagnóstico de por qué pasa esto con el pueblo chileno después de dos siglos en que hemos tenido sistemáticamente transgresiones a los derechos civiles, a los derechos humanos, especialmente a los de la baja sociedad. Hay que hacer un análisis psico-social-histórico-político y preguntarse cuál es la terapia. Yo creo que la terapia no puede sino ser el retomar, agarrarse de la soberanía ciudadana y popular, y ejercerla.

Anverso y reverso de la experiencia de tortura

La tercera reflexión quiero comenzarla con una imagen personal, mía y de grupo. Cuando estábamos en Villa Grimaldi, centro de tortura muy conocido, ¿qué ocurría? Te desnudaban para empezar, te tiraban a la parrilla, te amarraban de manera que no podías moverte y luego ocho o diez giles alrededor tuyo se dedicaban a golpearte, a meterte corriente, cualquier cosa, sin límites. Ahí tenías exactamente la sensación de que dejabas de ser, de que no eras nada, porque ahí no valía ni la edad, ni el sexo, ni tu profesión, ni tu estatus social. Nada. Como se dice ahí en el libro: situación límite, al borde del precipicio absoluto, negación. Esa experiencia de ser reducido, de ser anonadado, tuvo un impacto muy potente sobre la memoria que se refería hacia atrás. Porque la memoria que se refería, por ejemplo, a la política, a la institucionalidad del Estado, a la democracia, etc. quedaba toda redu-

cida a nada, contaminada, porque era el Estado el que te estaba reduciendo a cero. Era imposible después de eso asumir que el Estado era bueno, que las instituciones del Estado eran buenas, ya no daban confianza. Y pasaba lo mismo con la vida de uno, si uno se había jugado por ciertos principios, por ciertos ideales, ahora habías sufrido una derrota y qué derrotal, que dejaba todo reducido a cero. Entonces uno también comenzaba a sentir poca confianza en la propia



Memorial de Valdivia

vida de uno, en los proyectos de uno. La tortura es como una ruptura de la memoria, una escisión en la vida, un tajo que la separa en dos: un pasado que queda contaminado y un futuro que queda abierto.

Sigue la experiencia. A cinco metros de donde te torturaban estaba la celda de los presos, adonde llevaban al paciente, por decirlo así, y lo tira-

ban. Ahí caía el preso en un estado indescriptible. Y era el momento en que uno sentía que alguien se acercaba y te decía: Tranquilo, pero no tomes agua; si tomas agua estás sonado. Te tapaban con frazadas, te cuidaban, te trataban con cariño. Y tenías en ese momento una experiencia que era la antípoda de la otra, porque era la experiencia de la camaradería, del cariño, la experiencia de la solidaridad, la experiencia absolutamente inédita en ese momento de lo que es el afecto humano. Separados por cinco metros los asesinos del terrorismo de Estado y al otro lado los hermanitos que te acarician, que te cuidan.

¿Por qué digo esto? Porque en la ruptura hay un anverso y un reverso. Y entremedio hay un abismo que te marca la memoria para atrás y la deja contaminada, pero desde el momento en que te hacen cariño, te abren una memoria para adelante que es fresca, abierta, humana, esperanzadora. Si tú lograbas pasar esa etapa y llegabas después a Cuatro Alamos y luego a Tres Alamos, el domingo llegaban las visitas, esposas, hijas, hermanas, amigas, tíos, gente que nunca había sido política, que no era militante, pero que se acercaba a ver a los presos por solidaridad, por cariño, por fraternidad. Y la experiencia en la celda de los presos se amplificaba. Yo he llegado a pensar que la verdadera sustancia de lo que nosotros queremos ser estaba justamente en esos momentos en que se expresaba el cariño, la hermandad, la fraternidad. Esto lo discutíamos después en la cárcel. ¿Por qué no comenzar a construir entonces un nuevo proyecto histórico, un nuevo proyecto político, una nueva concepción de la sociedad a partir de esta solidaridad y esos aspectos? Pero otros insistían: No, hay que reproducir el partido,

hay que reproducir la lucha, y se produjo la división.

Solidaridad y fraternidad: sustratos de la reconstrucción social

La tortura evidentemente a uno lo victimiza, y queda recontraqueteo victimizado. Pero, pero hay una cosa interesante: yo no soy responsable de la tortura, yo no soy culpable de la tortura, no me cae encima el baldón de esto, no me siento culposo, no soy culposo, podré hablar incluso en la tortura, mencionar un nombre acá, otro nombre allá, pero la tortura es mucho más grande, y eso hay que entenderlo. La tortura es mucho dolor, puede ser muerte, puede ser rotura de huesos, pero yo quedo mentalmente, subjetivamente, como ser humano, sano. Si más encima encuentro compañeros que se acercan y me quieren, que me demuestran cariño y que están en las mismas, entonces encuentra un caminito uno para construir algo. Eso es lo que pasó en Chile después del 83 cuando todos comenzamos a buscarnos los unos a los otros y los unos a las otras, en clandestinidad, escondidos en Punta de Tralca, en las parroquias, en los rincones, en la universidad, para amarnos, esta cosa de la vida que comenzaron a remarcar las mujeres en aquella época. Lo que se llamó la reconstrucción del tejido social.

Yo quería llamar la atención sobre esto, porque no todos pero muchos de los torturados, de los prisioneros y afectados por el terrorismo de Estado supieron reconstruirse después siguiendo esa línea de reencontrar la humanidad.

Y muchos de nuestros hijos, muchos de los cabros jóvenes de hoy, aunque no sean hijos de torturados, han encontrado el mismo camino. ¿Cómo se explica el desarrollo de las redes sociales hoy, que son más importantes que las organizaciones? ¿Cómo se explica la formación de tribus urbanas, que son más importantes que los partidos políticos? ¿Cómo se explica el movimiento de los pingüinos, de los raperos, de los hiphoperos, que forman redes que están basadas en la amistad, que están basadas en la confianza del uno en el otro, que no tienen organización, que no quieren reproducir el pasado y que no les interesa el Estado? En encuestas recientes el 80% de los chilenos declara que no confía en las instituciones del Estado. Y es porque pesa de alguna manera la desconfianza que tuvimos del Estado cuando vino el terrorismo y eso hoy día está también latente en la juventud.

En torno a este lado B, este reverso de la tortura que es la celda de los presos, se ha estado construyendo, creo yo, sociedad nueva, cultura nueva, redes, sobre todo de las mujeres de las poblaciones y los jóvenes. Y de ahí están surgiendo nuevos movimientos sociales que están todavía en un botón de primavera.

Yo creo que si no trabajamos sólo con una generación de afectados por el terrorismo de Estado sino con los 200 años en que se ha acumulado esto y trabajamos ya no sólo a nivel del paciente sino a nivel de la sociedad civil chilena, y sobre todo de las clases populares, yo creo



Memorial de Peñalolén

que estaremos haciendo una labor extremadamente positiva en el sentido de contribuir a la salud mental sobre la base de la salud política. Y la salud política sobre la base de una educación eficiente. Educación para desarrollar ciudadanos, no educación para competir con el del lado, que es lo que nos enseñan hoy día. Educación para evaluarnos nosotros mismos en función del desarrollo soberano que estamos teniendo y no comparando con Dinamarca o qué sé yo en función de parámetros de la economía neoliberal del mundo globalizado.

Para mí fue muy decisiva, personalmente, esa doble experiencia: la de la cámara de tortura, con todo el horror que eso implicaba, y la celda de los presos con los compañeros allí, que era como pasar del infierno al cielo. Por eso, para mí el contenido de esa amistad, de esa camaradería, de esa solidaridad, de esa fraternidad, me pareció que era el fundamento para reconstruir el tejido social, la educación y la política.

Por eso acepté venir a esta presentación. Gracias. 📌